

# AMATL

CORREO DEL MAESTRO

EDICIONES DEL MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

PUBLICACION MENSUAL. -- DIRIGE: SALARRUE.

---

VOLUMEN

LEO

SAN SALVADOR

1<sup>o</sup>

—

NUMERO

7



CENTRO AMERICA

1940

---

## C O N T E N I D O

- 1.—De Amigo a Amigo.—Charlas con el que Enseña y Educa.—  
Directo al Corazón.
- 2.—Las Primeras Conquistas del Niño.—María Montessori.
- 3.—Cosas Veredes... en Todas Partes.—La Inquietud de la Ostra.  
—Mercedes Pinto.
- 4.—La Nueva Psicología y la Reeducción del Hombre.—M. L.  
Coronado.
- 5.—Educar Para la Paz.—Anne Bryan McCall.
- 6.—El Despertar de la Voluntad.—P. Barrett.
- 7.—Habla Carrel.
- 8.—El Propio Esfuerzo.—Richard Lipton.
- 9.—Problemas Educativos Que Son También Problemas Sociales y  
Políticos.—Augusto Mijares.

---

Talleres Gráficos Cisneros.—San Salvador.

## UN BUEN TITULO Y UN BUEN SIMBOLO PARA ESTAS EDICIONES

*Después de reflexionarlo cuidadosamente, hemos escogido como título de esta revista la palabra "AMATL" la cual reúne las mejores condiciones para sintetizar a la vez en un nombre y en un símbolo los buenos propósitos a que se destina.*

*"AMATL" (y ello no es novedad entre quienes se dedican a la enseñanza) es el nombre indígena que corresponde al hispanismo «amate», la ficácea de la cual nuestros antepasados nahuas sacaban el papel aprovechando la pulpa de la corteza o raíz del árbol, por un procedimiento de maceración. De este papel hacían sus libros, habiendo llegado a ser la palabra amatl sinónimo de libro.*

*Ya expresé la palabra, libro o papel, en ambos casos su significado nos sirve al caso, pues es bien sabido que, en general, el papel o el libro son grandes factores de civilización y cultura.*

*También en su calidad de simple árbol el amate adquiere suma importancia, si tomamos en cuenta que Cuscatlán abunda a tal punto en ellos, que bien podría haberse escogido el amate como el árbol nacional.*

*Como símbolo el amate es casi insustituible: un árbol fuerte y cobijador como un buen libro. Varias veces hemos pensado que el amate reúne las condiciones providenciales para ser, por su amabilidad característica, la escuela rural al aire libre de un pueblo pobre. El amate es la cúpula esmeraldina, el humilde palacio que Dios ha dado al campesino pobre y al caminante.*

*Y como, además de un título para nuestras ediciones precisábamos un símbolo, un comprimido de ideales para marcar cada uno de nuestros pasos aventureros en la senda escogida, el amate mismo nos da con creces dicho símbolo por intermedio de su fruto y de su flor.*

*¿Quién que haya conocido a fondo la tierra de Cuscatlán y sus secretos puede haber pasado por alto la leyenda de la flor de amate? Dicen los indios que la flor de amate sólo puede ser vista por los ciegos. Y esto ya es mucho decir, si recordamos que amate y libro es una sola cosa. La flor, en ambos, sólo se advierte cuando se mira con los ojos cerrados, es decir, cuando se mira hacia adentro, introspectivamente, cuando se medita.*

*Pero la verdad botánica, la verdad positiva es precisamente la que nos ofrece el magnífico símbolo: la flor del amate no se ve a simple vista porque está dentro del fruto. Si abrimos el higo del amate violentándolo un poco veremos cómo aquella fruta es por dentro una flor.*

*«DENTRO DEL FRUTO LA FLOR»: he aquí nuestro lema, el símbolo felizmente encontrado en la planta cuyo nombre, (por otras razones ya expresadas) sirve de título a la revista. «DENTRO DEL FRUTO LA FLOR», que queremos sea entendido en el sentido de que en toda obra humana debe a la vez haber utilidad práctica y belleza aunadas sin separación posible*

## CHARLAS CON EL QUE ENSEÑA Y EDUCA *DIRECTO AL CORAZON*

Amigo:

Hay un plan que en cada país sistematiza la enseñanza tomando (en buena o en mala forma) nota de las circunstancias predominantes en el medio ambiente. Un plan así puede ser eficiente en parte o totalmente y puede ser deficiente. Dos o más países o todos los países del mundo podrían hacer, si quisieran y fuera posible, una asamblea con propósito de unificar el plan de enseñanza; aunque dadas las grandes diferencias de raza, de clima, de régimen, etc., podría resultar contraproducente, me atrevo a asegurar que resultaría, porque el problema de la enseñanza es decididamente local, peculiar a cada raza, nación, colectividad o individuo, según el caso. Otra cosa muy distinta se nos presenta al meditar el significado de un PLAN DE EDUCACION. Es un gran error pensar que se puede tener un plan de educación para cada país; es una necesidad, a mi modo de ver, elaborar un plan en tal sentido, porque la educación se dirige a las facultades *esenciales* adormecidas en el individuo y trata de despertarlas y en este punto *esencial* la humanidad es UNA y responde al estímulo en idéntica forma. Educar es *despertar* y sólo hay un procedimiento para despertar al dormido intelectual y moral, así en la China como en Francia; en Checoeslovaquia como en El Salvador; en Alaska como en la Patagonia.

Educación, por lo consiguiente, es infinitamente más importante que enseñar. En realidad: primero deberíamos educar y después enseñar, porque enseñar al que no está educado es igual que «arar en el mar», que «echar trigo en saco roto», que (y esto es lo más grave) incapacitar al individuo para la educación que pueda ofrecérsele más tarde. La educación hace nacer los dientes que van a masticar la enseñanza para que sea fácilmente digerida y asimilada su energía.

Solemos pensar que los trágicos problemas enfrentados en nuestro pequeño país obedecen a inferioridad del mismo; tal vez por razones de raza o clima. No son pocos los individuos que aquí se consideran inferiores a los ciudadanos de otras naciones más avanzadas. Es posible que en algunos casos así suceda, debido a nuestra adolescencia como pueblo pero en ningún caso a inferioridad, a incapacidad de llegar allí donde otros pueblos llegaron. Esos pueblos envidiados son mejores porque están mejor educados; más sanos y más despiertos. Nuestros grandes defectos no son sino las grandes cualidades positivas que tenemos en estado virtual. Y si nuestros grandes defectos son MUY NUESTROS, también MUY NUESTRAS serán las grandes cualidades positivas que devengan estos defectos actuales y que nos harán cumplir NUESTRA MISIÓN original. Porque al ser realmente educado un pueblo, por el procedimiento UNICO de la educación, de misterioso modo desarrolla en *lo que es en sí*, diferenciándose graciosamente de los otros, igual que con el riego de la misma agua, a la misma hora propicia, brotan flores distintas de las distintas plantas.

Nuestros tremendos problemas sociales no son sino la parte que nos toca en el reparto de los problemas sociales del mundo. Nadie resolverá estos y aquellos problemas *con cruz o con espada*, sino que la *educación* los resolverá, tanto aquí como allá.

Si esto es así, lógicamente *la cuestión educativa* debiera atenderse como el punto más importante en la vida de un país. Todo gobierno está instituido para

acondicionar la vida de un pueblo dentro del Bien y si es un buen gobierno así lo hará. Pero esto es lo que demanda la existencia en el Presente. Un buen gobierno no sólo administra sino que además guía, estimula las energías latentes para mejorar a su pueblo y prepararlo a mejores condiciones en el Futuro. Un buen Futuro sólo puede florecer de una educación inteligente.

Todos lo saben pero pocos se fijan lo suficiente en que la Nación nace de sus hombres y es como sus hombres son. Por lo tanto, si queremos un gran pueblo debemos primero tener un gran hombre, lo que equivale a decir que debemos IR AL CORAZON DEL INDIVIDUO porque allí es donde el gran pueblo está aletargado.

IR DIRECTAMENTE AL CORAZON DEL INDIVIDUO es la única forma de crear un gran pueblo. Ir directamente y CON LA EDUCACION. La educación encontrará allí en ese corazón, reunidos como en casa de «gangsters» todos los enemigos de la Nación; todos sin quedar uno sólo. Ese golpe de mano es lo único que resolvería, de una vez por todas, TODOS los terribles problemas de la Nación, del Continente y del Mundo que no podrán reducirse uno a uno fuera de esta sala roja que lleva consigo todo individuo y es la sala roja donde todo el mundo se reúne para destruir o para salvar.

Mas no hay que olvidar, amigo mío, que el *santo y seña* por medio del cual podremos penetrar hasta allí, la llave mágica, radica en el poder (en el poder, no en el sonido) de la palabra «AMOR». El Amor en su forma de Amistad verdadera, llevará al Maestro al corazón del discípulo.

Encontremos al Maestro que sea MAESTRO y haga amistad con los niños y con los jóvenes que son el Futuro de nuestro mundo y dejémosle y ayudémosle a ir recto hacia el corazón del individuo.

Quiera Dios que estas palabras tan sentidas y tan pensadas no vuelen y caigan en tierra estéril. Son las palabras del Amigo que hay en mí.

*Cada religión es una joya con su color propio; cada iglesia es una piedra preciosa con su propio matiz; todas las utiliza el joyero poderoso para formar la diadema con que coronará a la Humanidad. El usa cada alhaja con su color propio, sin pretender hacerla igual a su vecina, sino más bien diferente; cuanto más diferente, mejor. El las une con el hilo de oro del Amor; y las engarza en la montura del Conocimiento, rematando la diadema con el Kohinoor de la Sabiduría Divina, el diamante blanco, que sintetiza todos los colores y no un matiz sólo. Tal es la corona del futuro: la diadema que Dios prepara para la Humanidad.—Annie Besant.*

# LAS PRIMERAS CONQUISTAS DEL NIÑO

Por MARIA MONTESSORI

(Extractado de «Les Nouvelles Littéraires». París, 24 de junio de 1939.)

El punto más importante de la nueva educación infantil consiste en *respetar todas las formas razonables de la actividad del niño y en comprenderlo.*

La mayoría de las veces, no comprendemos la expresión de la vida del niño que revelan su poder interior; al satisfacer las necesidades profundas a que corresponden, se le ayudará a desarrollar sus energías. Cuando hablamos de «la actividad infantil», generalmente pensamos en determinado hecho que observamos y que nos llamó particularmente la atención. Sin duda, se trata de alguna reacción defectuosa, de cierta desviación psíquica provocada por falta de actividad o por explosión de una energía reprimida. Pero la verdadera actividad infantil es algo muy distinto; para percibirla, es preciso creer que en el niño existe una semilla oculta, y tratar de cultivarla con amor; sólo de ese modo seremos capaces de apreciarlo en su justo valor.

He aquí una anécdota sobre una recién nacida que acababa de descubrir la existencia de sus manos; hacía desesperados esfuerzos para observarlas, pero a duras penas lo conseguía, pues sus brazos eran demasiado cortos. Era, pues, capaz de desarrollar un verdadero esfuerzo. Hubiese podido observar muchas cosas en torno de ella, pero sólo sus manos la interesaban. Sus esfuerzos eran

AMATL-7

la manifestación de un instinto, que la impulsaba a sacrificar su propia comodidad para satisfacer un deseo interior.

Más tarde, se proporcionó a esa niña un juguete. Al parecer no le interesaba. Abría la mano y lo dejaba caer, sin ocuparse de él. En cambio, su carita mostraba una expresión inteligente cada vez que se esforzaba, a menudo en vano, por tocar algo con sus manos. Las observaba con perplejidad, y parecía preguntarse: «¿Cómo es posible que a veces logro tocar esa cosa y a veces no?» El problema de la función de las manos sin duda alguna había llamado su atención.

Cuando esa niña tuvo seis meses, pusieron en sus manos una sonaja de plata y la ayudaron a sacudirla para que produjera un tintineo. Después de unos minutos, la dejó caer. La recogieron y se la devolvieron; y así, varias veces. Parecía que la niña se proponía algo preciso, al dejar caer la sonaja y al procurar volver a cogerla inmediatamente.

Un día, mientras tenía aún el objeto en su mano, en vez de abrirla como de costumbre, extendió un dedo, luego otro, y otro, hasta que por fin llegó al último y la sonaja cayó en el suelo. La niña miraba sus dedos con la mayor atención. Volvió a hacer el movimiento y siguió mirando sus dedos. Lo que la interesaba, no era, por lo visto, la sonaja, sino el juego o la «función» de sus dedos capaces de coger un objeto, y ese descubrimiento le procuraba una alegría especial.

Al principio, la niña tenía que ponerse bizca para poder observar su mano. La madre, que la entendía perfectamente, se conformaba con recoger pacientemente el objeto y restituirselo. De ese modo, participaba en la actividad de su hija, pues se daba cuenta de la importancia que tenía para ella la repetición de ese ejercicio.

Esta es solamente una pequeña anécdota, que explica las necesidades más elementales de una niña, en su primera edad. Si no se hubiera observado a ésta con tanto



cuidado, sin duda le habrían atado las manos para evitar que bizqueara, o le hubieran quitado la sonaja, para que no la arrojara al suelo; y todo lo que acabamos de descubrir hubiese pasado inadvertido. Se habría suprimido, en tal forma, un medio natural de desarrollar su inteligencia, en vez de desplegarla, se hubiese puesto a llorar, hubiera vertido lágrimas al parecer absurdas, de aquellas de las que nadie se ocupa y que, desde el nacimiento, ponen un velo de incompreensión entre nosotros y el niño.

Muchas personas ni siquiera sospechan la vida interior de los recién nacidos. Es necesario aprender a comprender el lenguaje de su alma naciente, como cualquier otro lenguaje, si queremos conocer sus profundas necesidades y convencernos de la importancia de éstas. El respeto a la libertad del niño exige que se ayude a éste en el esfuerzo por desarrollarse.

El segundo principio puede formularse del siguiente modo: *es preciso favorecer, en cuanto es posible, el deseo de actividad en el niño: no se debe servirlo sino prepararlo para que sea independiente.*

Las primeras palabras y los primeros pasos han sido siempre, en el desarrollo del niño, algo así como piedras miliars simbólicas; siempre se les ha considerado como fundamentales. Las primeras palabras suponen la facultad de expresarse; los primeros pasos, la posibilidad de andar. Por lo tanto, son acontecimientos importantísimos y una madre inteligente apuntará en su diario estas memorables fechas de la vida de su hijo.

Pero el hecho de caminar y de hablar constituye una conquista bastante difícil. Se necesitan muchos esfuerzos, antes de que el niño logre permanecer en equilibrio sobre su cuerpecito un tanto desproporcionado, de cabeza demasiado grande y de piernas demasiado cortas.

La palabra también es un medio de expresión bastante complicado. Por lo tanto, no es posible que esas dos conquistas sean las primeras en la vida del niño. Para que pueda realizarse, su inteligencia y su sentido

del equilibrio deben hallarse muy desarrollados; saber hablar y caminar, son las etapas aparentes de un largo recorrido; pero el camino que media entre ellas, merece toda nuestra atención.

Es, para la madre, una tarea en que debe poner mucha paciencia y mucho amor; tendrá que alimentar simultáneamente el cuerpo y el espíritu de su hijo; pero el espíritu deberá tener la primacía sobre el cuerpo. Habrá que abandonar, momentáneamente, ciertos principios—muy encomiables—como, por ejemplo, el de la limpieza, porque en aquel momento, tienen un valor secundario. El niño que empieza a comer solo no sabe aún hacerlo, y, por supuesto no lo hace con pulcritud, ni mucho menos; pero es preciso sacrificar la limpieza a su necesidad justificada de actividad.

En el curso de su desarrollo, el niño perfeccionará sus movimientos y aprenderá a comer con limpieza. La cualidad que de ese modo haya adquirido será un verdadero progreso, un triunfo espiritual.

Su fuerza de voluntad se revela por muchas actividades razonables, que desempeña continuamente. Así, mucho tiempo antes de que pueda hablar y caminar, antes del final del primer año, empieza a actuar, como si obedeciera a una voz interior. Sus intentos para comer solo y usar la cuchara, son conmovedores: no logra llevar a su boca la apetecida sopa; tiene hambre, y, sin embargo, no quiere que le den de comer. Sólo después de haber satisfecho su necesidad de actividad, acepta la ayuda materna. Está atrozmente sucio, pero su carita brilla de inteligencia y satisfacción. Ahora que sus esfuerzos han tenido éxito se deja alimentar de buena gana. Y observa con asombro que un niño educado de este modo logra, desde el primer año, comer solo. No sabe aún hablar, pero entiende muy bien lo que se le dice y procura que sus actos correspondan a las palabras que escucha.

El tercer principio es el siguiente: *puesto que el niño es más sensible de lo que generalmente se cree a las in-*

*fluencias exteriores, es preciso ser muy prudente en nuestras relaciones con él.*

Si no tenemos la suficiente experiencia o el suficiente amor para distinguir todas las expresiones finas y delicadas de la vida del niño, si no sabemos respetarlas, no advertimos su existencia sino cuando se manifiesta en forma violenta; pero entonces será demasiado tarde para que le proporcionemos nuestra ayuda.

Ciertos padres tienen principios pedagógicos diferentes: no les preocupa que lloren sus hijos, pues saben, por experiencia, que a la postre los niños dejan de llorar y se calman por sí solos. Si intervenimos para consolarlos por medio de caricias—dicen ellos—acaban por llorar con el objeto de que se les consuele, y los adultos se convertirán en esclavos de sus caprichos.

A quienes pretenden eso, hay que contestarles que todas las lágrimas, aún cuando no parezcan tener causa alguna, se observan mucho antes de que el niño se haya acostumbrado a nuestras caricias y revelan un verdadera miseria espiritual.

Para construir su vida interior, necesita descanso y sosiego; pero nosotros lo perturbamos incesantemente por nuestra intervención brutal. Además, una avalancha de impresiones se desploma sobre él, en sucesión tan rápida que no tiene tiempo de asimilarlas. En tal caso, el niño llora, lo mismo que lloraría si, debido a un exceso de alimentos, sintiera los primeros síntomas de una indigestión.

Si dejamos que el niño enjuge solo sus lágrimas, descuidamos sus verdaderas necesidades. No comprendemos la razón esencial de esas lágrimas, porque es demasiado sutil y, sin embargo, en ella radica la explicación de todo.

Nuestra comprensión le procura un aliento y una ayuda para aclarar sus observaciones y desarrollar su instinto social. No hay, pues, que decirle: «No es nada», cuando experimenta algún dolor, sino más bien aceptar

su impresión desagradable y tratar de consolarlo con ternura, sin conceder, por lo demás, demasiada importancia a la cosa.

Decir a un niño cuando no se siente bien: «No es nada», es apenarle, puesto que es negar su impresión, en tanto que él desearía verla confirmada por nosotros. En cambio, nuestra simpatía le da el valor necesario para recoger otras impresiones y le enseña, al mismo tiempo, a compadecerse de las penas de los demás. No se debe contradecirle, ni hablarle demasiado, ni aun investigar una causa: una palabra tierna y afectuosa es la única contestación capaz de consolarlo. El niño podrá proseguir solo y libremente sus observaciones y sus experimentos, y con ello se beneficiará ampliamente su desarrollo físico.

Observar atentamente todas las expresiones del corazón infantil, dejar al niño la libertad de manifestar sus necesidades profundas y asegurarle todos los medios exteriores necesarios a su propio progreso: he ahí las primicias de un desarrollo armonioso de sus fuerzas en germen.

Cada sensación que percibe el niño graba profundamente su huella en él; pide que se le ame y se le comprenda. Su primer deber consiste en formar su vida interior, y, con tal objeto, emplea desde los primeros días de su existencia el instrumento más maravilloso que Dios haya concedido al hombre: la inteligencia.



## LA INQUIETUD DE LA OSTRA...

Por MERCEDES PINTO

(De «El Mundo», de La Habana)

Se levanta el peñasco en el extremo de la playa... Allí está la ostra, quieta, inmóvil, silenciosa... ¿Duerme? ¿Vigila? ¿Goza o sufre? Nadie lo sabrá. La ostra permanece pegada a la roca, mientras las golondrinas azules, bellas, ligeras, viajan de un lado a otro del mundo, atravesando nubes... Y cuenta la fábula que un día, las golondrinas bajaron al peñasco y quisieron convencer a la ostra de que podía probar, a ver, si moviéndose un poquito, podía dejar de mirar al peñasco y contemplar el sol, las nubes y los astros... Pero la ostra se inquietó un poco; se estremeció ligeramente, y contestó con una frase poco académica, pero digna de la ostra:

—«No quiero meterme en líos...» Y las golondrinas la dejaron en paz.

Una de estas mañanas ha ocurrido algo análogo en una calle de la ciudad.

Se acaba de impulsar un movimiento simpático, útil, importante: Convocar para la «Convención Juvenil Constituyente...» Es decir: unir a la juventud, para que, por medio de los representantes de sus distintas agrupaciones, instituciones, sectores, expongan los deseos de la juventud, ante las Constituyentes que han de celebrarse.

La idea de la Convención Juvenil es sencilla, clara, magnífica. Los fines explicados están en el Manifiesto= Invitación que han lanzado:

a) Plasmar en preceptos los derechos por los que la juventud debe laborar en la próxima Asamblea Constituyente.

b) Elaborar el programa de los Derechos Juveniles que no pueden ser objeto de preceptos constitucionales, sino motivo de legislaciones especiales posteriormente.

c) Coordinar los esfuerzos de todas las organizaciones juveniles para la popularización de esos preceptos entre la juventud de las organizaciones participantes y de todo el pueblo.

Como se ve, el deseo no puede ser más noble; el esfuerzo, más correcto; el propósito más sencillo... Los jóvenes se han echado a la calle en grupos investidos esencialmente de esta encomienda, y van a los Colegios a pedir a los jóvenes educandos que se sumen al movimiento y envíen a sus representantes a la Convención...

Y las chicas de la comisión hablan, explican, dicen lo que significa la idea que van a llevar a la práctica, y los jóvenes alumnos escuchan la posibilidad de llevar a la Constituyente los deseos de la juventud, sus aspiraciones, su justicia en fin, cosa noble, necesaria, bella... Muchachos y muchachas se improvisan como oradores en estas hermosas mañanitas de Primavera, y van por los Colegios encontrando la buena voluntad de Directores y maestros y el deseo y el interés del alumnado.

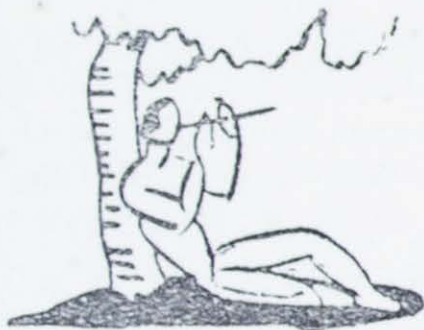
Y de pronto, llegan a un colegio donde son recibidos con algo de sobresalto... Son unos rostros enjutos y arrugados los que muestran su inquietud en las miradas precavidas... Son las manos sarmentosas las que se alargan y se recogen con gestos huraños... La Directora, las maestras se miran acongojadas...—«¿Pero qué es eso de Convención Juvenil, señor? ¿Qué significa todo eso?»—Y sin permitir que las alumnas se asomen, ni se

enteren, ni sepan el por qué, ni el motivo de tal visita, la Directora responde a la Comisión con voz cascada: —«Nosotras no queremos meternos en líos...—»

La Comisión Juvenil se ha ido sofocando la risa, pero a nosotros, cuando nos lo han contado, se nos llenaron los ojos de lágrimas... ¿Y es en esas manos enjutas y sarmentosas donde se borda el cañamazo de unas vidas de juventud? ¿Es al lado de esas ostras eternamente dormidas sobre el peñasco donde jóvenes educandas aprenderán a conocer el futuro? Ellas están ya en el pasado más oscuro, y no es justo que se coloquen ante la luminosidad de la juventud con la temeraria idea de enseñarles. ¿Y enseñarles qué? ¿Temor? ¿Timidez? ¿Tibieza? ¿Indecisión? ¿Cobardía? ¿Egoísmos? ¿Renunciamientos?

Quisiéramos saber si ese será, por acaso, el bagaje educacional que de escuelas así puede sacarse. Sí, ¡nos agradaría el saber esto...! Colegio particular donde con un «no queremos líos» se cierra la puerta a la noble idea de la Convención Juvenil Constituyente, no sacarán de tus aulas, seguramente, las mujeres decididas, puras, dignas, valerosas, que nosotros deseamos para formar la sociedad moderna...! Sacará, ¡oh, escuela gris de las ostras!, la mujer-muñeca «muy femenina» según los cantadores cursis de la muñeca de salón; sacarás la niña que enciende las luces a Santa Bárbara para que no truene y se quede sin fiesta o sin paseo; la que ofrece no comer dulces o no pintarse los labios si el novio *reñido* «vuelve» *mansito* como un cordero...» Sacarás de tus aulas, ¡oh, Colegio lleno de telarañas espirituales!, la joven que no sabe educar a sus hijos, ser una buena amiga de ellos, y afrontar con sonrisa y valor las malas situaciones... sino la que tiemble y llore, rece y prometa; la que pregunte siempre todas las cosas y nunca *nadie* le contesta a ella destacadamente porque la miran como a una pobre de espíritu que no merece más atención que su belleza, ni más curiosidad que la que levanten los disgustos familiares que su poco conocimiento del amor y del mundo pueden propiciar...

Y nos parece mal —¿por qué no decirlo, así, sencillamente?— el que existan en países democráticos esas escuelas particulares regidas por damas que deberían no tener nada que ver con la educación de la juventud, como no interrumpen el vuelo de las golondrinas que surcan los cielos con su vuelo decidido y azul las ostras anquilosadas y sin sangre, que duermen con mucho orden su inconsciencia, sobre la roca inamovible y dura...





# LA NUEVA PSICOLOGIA Y LA REEDUCACION DEL HOMBRE

Por M. L. CORONADO

Cuando analizamos el aporte que la psicología moderna nos brinda para el progreso de la cultura individual y, por tanto, para el mejoramiento de las condiciones sociales en general, nos encontramos con dos corrientes de pensamientos o elementos fundamentales.

## La Psiquis Ha de Estudiarse

Una es el estudio del dinamismo subconsciente, en el que hacen hincapié los psicoanalistas y otras escuelas de psicología analítica. En la práctica constante de muchos años se ha llegado a comprobar el valor de los métodos analíticos para llegar al descubrimiento de los orígenes subconscientes de dificultades y problemas que dividen la personalidad y mantienen parte de sus energías psíquicas en un estado en que no pueden ser conscientemente utilizadas por el individuo; pero, si bien es cierto que una adecuada integración de la psiquis requiere el descubrimiento de las profundas e inconscientes energías, a fin de encauzarlas con ventaja hacia la organización de las actividades del hombre, no es menos importante el hecho de que las funciones psíquicas—cuyo papel es el de dominar y hacer uso de esas energías—debieran también ser educadas. De lo contrario, el individuo cuyas energías subconscientes han sido puestas de manifiesto y liberadas mediante

el análisis, no se encontrará en condiciones de hacer el mejor uso de ellas, tanto en lo que respecta a su mejoramiento individual como para la adecuada ejecución de su función social.

## La Psicología Ha de Educarse

Esto nos lleva a otro valioso aporte de la psicología moderna a nuestra civilización, que consiste en el método de educación para el empleo de las facultades psíquicas superiores que nos aseguran el dominio de nosotros mismos y por el cual desplazamos el automatismo y la credulidad para sustituirlas por cierto grado de autonomía y espontaneidad.

Cuando se trata de la adquisición de conocimiento y del empleo de las facultades necesarias para la comprensión científica e intelectual, todos aceptamos la necesidad de un adecuado adiestramiento para poder emplear esas facultades que, combinadas, constituyen lo que llamamos «inteligencia»; pero las facultades del «yo consciente» no están limitadas a esas aptitudes que conocemos como «inteligencia»: implican otras actividades además de las relacionadas con un conocimiento teórico del universo. Las facultades psíquicas superiores deben así mismo dominar y dirigir todas las actividades de nuestra psicología, de manera que, a la par que logramos poner un freno a toda nuestra personalidad, se nos haga posible también la posibilidad de dirigir nuestras energías hacia una actividad creadora.

## Un Sistema de Educación

Examinemos, aunque sea brevemente, el plan que cumple una de las modernas escuelas de reeducación psicológica que militan en el mundo científico, plan que resulta de verdadero interés para el que estudia psicología. Las esferas en las cuales ese dominio o mejor dicho, gobierno propio, debe ejercitarse en cuanto a la organización

de una vida psíquica saludable y constructiva, son las siguientes:

Ante todo, el campo de *percepción*. Este requiere un acabado sistema para la educación de nuestra receptividad, de manera que ésta sea *consciente, objetiva e imparcial*. Solamente una cuidadosa experimentación de los métodos apropiados, puede demostrarnos las tremendas posibilidades que reposan ocultas dentro de nuestro mecanismo de percepción. Conviene recordar que el Dr. Alfredo Adler ha escrito: «La percepción es algo más que un simple fenómeno físico: es una función psíquica por la cual podemos llegar a las más trascendentales conclusiones en relación con la vida interna».

Viene luego el mundo del *pensamiento*. Este comprende una triple disciplina: la de la *concentración*, que tiene la finalidad de poder seguir sin desviación cualquier proceso mental; la de la *imaginación*, que hace de ella una función creadora en vez de una actividad desordenada y ruinosa, y la de la *memoria*, que desarrolla nuestra aptitud para encontrar y emplear todos aquellos elementos que han sido grabados en nuestra psiquis.

Después, el campo de las *sensaciones*. Aquí debe ejercerse dominio sobre todas las reacciones hipersensibles, aumentando al mismo tiempo la facultad de suprimir todas las imágenes afectivas que tratan de dominar nuestra conciencia y, también, la de frenar todas las reacciones orgánicas exageradas.

Llegamos ahora a nuestros actos. En este campo deben desarrollarse las conexiones psico=orgánicas, logrando con ello el dominio sobre nuestros gestos, actitudes y movimientos.

Y, finalmente, la *orientación de nuestra actividad* en relación con nuestro ambiente. Esto comprende la totalidad del mecanismo psicológico de la *voluntad*, que abarca la facultad de tomar decisiones, el freno que imponemos a impulsos y coacciones, y la eliminación de la duda en cuanto a lo que debemos hacer o evitar.

## Resultados de la Educación Apropriada

Los resultados obtenidos en varios años mediante la aplicación de los principios reseñados más arriba, originales del doctor Roger Vittoz, de Lausana, Suiza, son extraordinarios. Nos demuestran las grandes posibilidades que para la cultura integral del individuo encierra un método de correcta educación de las facultades psíquicas, si en el proceso se emplea una técnica adecuada, cuya finalidad sea la liberación interna del hombre, despojándolo de sus temores, de sus reacciones defensivas exageradas y de los muchos complejos que estorban la expresión de su propia y verdadera personalidad. Esa liberación significa una más clara conciencia de las posibilidades de su propia vida psíquica, junto con una mayor preparación para el desarrollo de sus posibilidades.

Habiendo así adquirido un mejor conocimiento de sí mismo y un mayor poder para frenar y encauzar sus energías, el individuo presentará a sus semejantes una actitud de sincera cooperación, en vez de someterse, como un esclavo, a la sociedad o de enfrentársele, como un rebelde. Habiéndosele permitido un contacto más íntimo y humano con un mundo al cual ya no teme, por haber cesado éste de atormentarlo, se habrá ayudado al individuo a adaptarse a la vida social, a entender mejor a la humanidad y a colaborar en el mejoramiento general, en vez de obstaculizarlo.

## La Necesidad de una Más Profunda Educación

Es imposible concebir la posibilidad de producir cambios fundamentales en la estructura de nuestra civilización sin haber observado primeramente la necesidad de llevar a cabo una más honda labor educativa, que sea más profunda en sus resultados, más integral en sus alcances.

Por importantes y hasta esenciales que sean la educación y el desarrollo de las facultades intelectuales

y literarias, estamos ahora en condiciones de observar claramente las limitaciones de una educación que descuida otros aspectos igualmente fundamentales de la vida psíquica, especialmente aquellos relacionados con la dirección y uso apropiado de los elementos afectivos existentes en el hombre. Es cierto que la psicología oriental se ha ocupado durante mucho tiempo de esos profundos y más complejos factores en la educación de la personalidad humana, y no podemos por menos que alegrarnos al observar que la psicología occidental está ahora llegando a las mismas conclusiones y elaborando métodos de cultura integral para el individuo, que, habiendo resultado factibles en su fase experimental, convienen con el temperamento y estructura psicológica del hombre occidental.

### Ejercicios Reeducativos

Este sistema, que en los actuales momentos practica y enseña un gran psicólogo francés, el doctor Henri Arthus, representa no solamente un método de psicoterapia de sorprendentes resultados, sino también un entrenamiento psicológico reeducativo. Es, en realidad, un proceso de cultura integral individual, que tiene la ventaja de fortalecer las facultades del «yo consciente» de manera que éstas puedan descubrir cualquier ignorada fuente de desintegración de la personalidad y orientar la vida instintiva hacia rumbos más elevados.

La primera condición de mejoramiento es la conciencia del propio sér, a la cual solamente se puede llegar cuando somos conscientes de nuestra vida psíquica, esto es, de nuestros pensamientos, sensaciones y acciones, así como de su origen, consciente o inconsciente. A esto se puede llegar por la educación de la *percepción*. Para esto existe una serie de ejercicios por medio de los cuales el individuo puede llegar al conocimiento de sus procesos, tanto internos como externos.

Viene entonces el discernimiento, el criterio, que es el objetivo de la educación de la mente, según queda

explicado antes. Esto incluye, por supuesto, la educación de nuestras facultades mentales creadoras.

Y, finalmente, puede establecerse una recta conducta mediante el empleo de la voluntad, apoyada en los sólidos cimientos de la *conciencia del propio sér* y de un *discernimiento exacto*. Forma cada una de las etapas una serie de ejercicios que han de practicarse hasta que lleguen a constituir parte integrante de nuestra vida diaria, pudiendo también el profesor emplear una dosis adecuada de análisis para acelerar el proceso de autodescubrimiento.

No es posible dar aquí una más detallada relación de este método de integración psicológica, que es de positivo valor para aquellos que desean prepararse para una más profunda integración.



# EDUCAR PARA LA PAZ

Por ANNE BRYAN McCALL

(Extractado de «Woman's Home Companion».—Springfield, Ohio, Abril de 1939).

El año próximo pasado, en una sesión de la Sociedad de Higiene Mental de Massachussets, levantóse un joven inspector de Escuelas y dió lectura al largo programa de estudios seguido en un colegio. Este abarcaba desde el latín hasta la trigonometría, pasando por la ética y los logaritmos. Precisamente en el momento en que el auditorio estaba pensando tal vez en la exagerada amplitud de aquel programa, tan alejado de los problemas de la vida cotidiana, el orador pronunció, con tono mesurado —y con tremenda fuerza— esta simple frase: «Sobre la naturaleza humana, nada se enseña».

Zaharoff, el difunto rey de los armamentos, dijo en cierta ocasión: «Estoy convencido de que la guerra es sólo una condición psicológica. Cuando una gran mayoría de personas hable de paz, piense en obras de paz y sueñe con la paz, entonces habrá paz».

De acuerdo con esto, la responsabilidad de la paz o de la guerra no incumbe a los gobiernos y a los generales, sino únicamente a los individuos.

Esto se halla perfectamente de acuerdo con la educación y el espíritu moderno. Por ejemplo, una de las tendencias dominantes de nuestro tiempo es el estudio de la psicología. El objeto de ésta es proporcionar al individuo un conocimiento de las leyes fundamentales de la naturaleza humana; merced a ese conocimiento, se

logrará que la vida individual y las relaciones humanas se vuelvan más racionales, más firmes y generadoras de bienestar y fraternidad. A medida que un individuo va adquiriendo este conocimiento, comienza a perder su intolerancia, sus odios y sus impulsos destructores y belicosos.

Muchos ejemplos podrían ilustrar este aserto. Conocí a un hombre obsesionado por el temor de matar a un enemigo que le había causado grave ofensa. Sostenía una tesonera batalla consigo mismo, para impedir que su odio le llevase a «vías de hecho», según su propia expresión.

No se podía discutir con él, pero sí era posible convencerle de la necesidad de comprender a su enemigo y analizar sus sentimientos. Pude exponerle algunas leyes psicológicas fundamentales que actuaban en él y en su enemigo. Se comprometió a leer algunos libros que le recomendé. Al poco tiempo, recibí una carta, en la que me decía: «Lo que me ha sucedido es maravilloso. Ahora comprendo muchas cosas que me impiden odiar y me desarman. Nunca creí que pudiera ocurrirme esto».

Sabido es, desde tiempo inmemorial, que existe estrecha relación entre la paz y el conocimiento de la naturaleza humana; mas el mérito de hacer que el público la perciba, corresponde a nuestra época. El célebre poeta Keats refiriéndose a una discordia surgida entre dos amigos, escribía a uno de ellos: «El motivo de la mayoría de las querellas es sencillamente el hecho de que dos mentes se encuentran y no se comprenden lo bastante para evitar cualquier desagrado o sorpresa por la conducta de la otra».

Pavlov, igualmente, escribe, con la experiencia proporcionada por la época de odios y guerras que conoció:

«¿No es cierto que la eterna tragedia de la vida consiste en que los hombres no se comprenden, en que una persona no sabe penetrar en la conciencia de otra? ¿Dónde hallar el saber, la comprensión que nos permita



adivinar correctamente el estado de ánimo del prójimo? Sólo la ciencia, una ciencia exacta de la naturaleza humana, podría librar al hombre de sus tinieblas y purificar la ignominia actual de las relaciones humanas».

Sin duda, son importantes las obras de educación pacifista, como sociedades y fundaciones internacionales; pero creo que es también sumamente importante la educación psicológica.

Si semejante educación se impartiera, pronto convencería a todos de que, por ejemplo, el origen de las guerras grandes y pequeñas, tienen sus raíces en el fondo de la propia naturaleza humana; de que la inmensa mayoría de los hombres asume exagerada e inútilmente una actitud defensiva; que muchos de ellos andan, por el mundo, consciente o inconscientemente, armados de intolerancia, agresividad y mala inteligencia; de que esta falta de comprensión mutua es, hablando psicológicamente, un poderoso explosivo, capaz de causar irreparables daños; de que acaso tenemos suficiente animosidad —suficiente dinamita espiritual— indebidamente almacenada en varias agrupaciones, escuelas o en un solo individuo para comprometer o destruir mil humanas posibilidades y de que muchos de nosotros, por desconocimiento de nuestra propia naturaleza, sembramos opiniones incendiarias en sitios peligrosos, donde pueden provocar explosiones de luchas y de odios.

Resulta interesante pensar lo que sería de ciertas naciones belicosas y de sus jefes, si, en vez de educarse para la guerra durante muchos años, se hubiesen educado sistemáticamente para la paz. ¡Cuánta desdicha se ahorraría en la vida del individuo, con una educación adecuada!

Este tipo de educación se está propagando ya en los hogares y va penetrando en las escuelas. A algunos les parecerá lento, pero yo lo considero como muy seguro, porque se basa en fundamentos humanos eternos.

Algún día se escribirá un libro en el que los primeros capítulos se ocuparán probablemente de las abrumadoras estadísticas de la Gran Guerra —millones de muertos,

heridos y lisiados, inmensa destrucción. Los siguientes capítulos relatarán los enormes gastos hechos para adquirir armamentos en tiempos de paz.

En ese libro, un capítulo, intitulado «1938» —capítulo deprimente— demostrará con cifras que, en 1938, siete grandes potencias gastaron en armamentos cuatro veces más que en 1933 y siete veces más que en 1913.

Después de esto, probablemente seguirá un capítulo con el título: «Guerra y Psicología» o acaso «Educación Psicológica Pacifista». Pienso a veces en esto, al recordar las palabras de Zaharoff respecto a la paz y el individuo.

¿Qué hacemos, como individuos, para contribuir a redactar ese capítulo?





## EL DESPERTAR DE LA VOLUNTAD

Por P. BARRETT.

Mucho sabemos de la memoria y relativamente poco de la voluntad. No podemos medirla, distinguir sus varios tipos ni hacer los diversos experimentos que hacemos con la memoria. Nos consta que tenemos voluntad y que queremos y que no es lo mismo querer que pensar o imaginar, pero la mayor parte de nosotros apenas conoce nada más.

Haciendo un análisis introspectivo, podríamos captar algunos aspectos de la voluntad y las notas características que acompañan al recto *querer*.

Hay muchas palabras que denotan el acto de la voluntad, pero cuando un hombre de carácter en ciertas

crisis de la vida adopta una determinada conducta y dice: «Haré tal cosa», habla de un estado de espíritu que sólo puede llamarse *querer*, y es distinto de todos los demás pues versa sobre la acción directa, es emocional y sumamente personal. Marca una disposición para una línea de conducta, es creador y arbitrario, importa auto-determinismo, mira al futuro, descansa sobre una realidad y es algo así como sagrado.

Cuando el entendimiento ve algo útil y perfecto, sentimos al principio un *vago deseo* que va ganando en intensidad hasta convertirse en *deseo verdadero*. Aquí ya existe una cierta propensión y la voluntad ya está en actividad, ya hay un esfuerzo deliberado y una línea tendida para alcanzar. Este estado puede ir en menguante hasta debilitarse o ganar en profundidad y vigor. Educar esa inclinación para que resulte lo segundo es todo el arte de rebustecer la voluntad.

En el hombre que ha sabido hacerlo, la fuerza de voluntad vence todos los obstáculos, afronta todas las dificultades y se sobrepone a toda demora.

Hay una expresión que concreta el encauce de la fuerza para el logro de un fin y es: QUERER querer. Expliquémosla.

A veces frente a frente a un trabajo ingrato que requiere gran esfuerzo nos sentimos inclinados a no hacerlo y por otra parte sabemos que si nos dedicáramos a él podríamos hacerlo perfectamente. Así las cosas, preferimos no querer. *Huimos de aplicarnos a la tarea.*

Luego, en un segundo estado de ánimo, nos preguntamos: «¿Hago esto?». Y la voluntad se ve puesta frente a frente al deber de esforzarse a sí misma o de aplicarse a sí misma al trabajo. Si contestamos y en un esfuerzo determinado decidimos: «Sí», entonces de verdad *queremos querer*. Este acto es por excelencia el trabajo de la voluntad que se pone en movimiento y entonces en realidad *queremos querer*. No hay mejor ejercicio; así la voluntad se determina por sí misma y actúa: la voluntad *quiere*; la voluntad *quiere querer*.

Es difícil precisar el despertar de la voluntad. Es una súbita aparición de la conciencia del querer. Tiene una analogía con el despertar del sentimiento estético. Todos los hombres tienen un nativo sentimiento de lo bello pero en pocos este sentimiento se pone en actividad y alcanza su desarrollo en muy pocos, pero estos pocos en una determinada circunstancia de la vida se posesionan repentinamente de él. A la manera de un capullo, la tendencia estética estalla en sus almas y ellos gustan, sienten y entienden, mientras a su alrededor se apiñan los que no han gustado, sentido y entendido nunca ni podrán hacerlo jamás.

Pero no profundicemos mucho esta analogía porque en muchos conceptos es diferente del sentimiento del querer. Ante todo éste implica la conciencia de un poder para hacer y del goce de realizar y lleva consigo el conocimiento del propio poder para obrar. En el sentimiento estético hay deleite por las impresiones recibidas de simetría, variedad y belleza; en el sentimiento de querer hay por sobre todo el reconocimiento de sí mismo al sentirse en posesión de la auto-fuerza interna.

A la facultad de poder querer va unido el placer de querer que acompaña a todo acto de la voluntad y cuando nos entrenamos a hacer esfuerzos de voluntad entramos en una peculiar atmósfera hecha de energía, actividad y auto-dominio que nos envuelve y nos vigoriza. Después de haberla respirado, nos sentimos más capaces y confiamos porque su oxígeno es por excelencia vitalizador. Es el ánimo del soldado que carga resueltamente contra el enemigo o del descubridor que marcha con los ojos puestos en la meta, como Colón o el general Scott.

Cuando este sentimiento se vuelve habitual, la conciencia del poder querer o del despertar de la voluntad influye en nuestro cuerpo físico: nos volvemos más

dispuestos, vigorosos y enérgicos y el valor y el poder para llevar algo a término parece quedar firmemente asentado en nuestro interior. Aumenta el placer que experimentamos al ejercitar nuestra voluntad y nos deleitamos acometiendo esfuerzos. El dominar nuestras acciones tiene para nosotros una extraña fascinación; el acabar una empresa difícil nos estremece de satisfacción. A la alboreada de la *conciencia de querer* sucede el *despertar de la voluntad*. Este súbito asirse de la gran realidad de la facultad de querer y del hecho de *querer querer*, es por esencia tranquilizador y vivificador. Es algo parecido a reconocer que uno ha hecho algo grande o heredado una pingüe hacienda; es descubrir un tesoro oculto en nosotros mismos y que sabemos que nadie nos puede arrebatar porque está en nuestro poder para nuestro provecho.

Lo lamentable es que pocos hombres actúan dándose cuenta del alcance de la voluntad y cuál es la mejor manera de aplicarla y en consecuencia la malgastan, la quiebran y la arruinan. Manejan el más perfecto y delicado de los instrumentos con ruda y crasa ignorancia o le permiten yacer dormida y deslustrarse con el moho. La primera obligación del hombre debería ser llamar a la vida a esa fuerza omnipotente, pero el despertar de la voluntad debe comenzar de adentro del sér. Nada externo puede moverla, ni tratamiento ni influencia que actúen sobre ella; cada uno debe hacerlo por sí mismo. La voluntad debe activarse a sí misma para la vida y mantenerse despierta por el constante ejercicio con el que se ganará salud y vigor para la misma voluntad.

A veces, cuando tenemos un fracaso, brota de repente una luz dentro de nosotros. Es la voluntad que está allí y nos avisa que puede triunfar. Algo misterioso está trabajando dentro de nosotros; sentimos su potencialidad y confiamos. De pronto nos damos cuenta del poder y fuerza de la voluntad y adquirimos la convicción de que ella puede llevar a cabo la tarea. Esto significa el

comienzo de un nuevo reino: el reino de la fuerza volitiva, energía y señoría de sí mismo. La conciencia del propio querer invade la vida y de allí en adelante ya no seremos como hojas secas que cualquier viento empuja, sino que por medio de nuestra voluntad influiremos en nuestro destino.

Nosotros propondremos y terminaremos las empresas.

Pero este despertar que es el resultado de un largo esfuerzo, no se alcanza sin este esfuerzo y significa que se ha puesto en nuestras manos el más poderoso instrumento. En adelante habrá mayor intensidad en todo lo que hacemos y nuestras resoluciones serán profundas, fuertes y hasta temibles por su sinceridad.

Vivir la vida de la voluntad significa apartarse de la huella de los hombres débiles y ser más solitario e independiente. En nuestro carácter y nuestro aspecto sobrevendrán cambios que los observadores superficiales no sabrán a qué atribuir o los atribuirán a física influencia, magnetismo y telepatía, pues es poco probable que lleguen a penetrar la causa del cambio porque todavía no ha llegado para ellos el momento del *despertar de la voluntad*.

Para resumir, este despertar significa:

- 1°.—Conciencia de un nuevo poder.
- 2°.—Adquisición de un nuevo hábito.
- 3°.—Descubrimiento de nuevos recursos.

Es decir que reconociéndonos como fuerzas capaces, estamos en disposición de usar esta fuerza que nos pondrá en posesión de una mina inagotable.

En el curso de la evolución, una de las etapas es el adueñarse de la voluntad para dominar la naturaleza inferior, educir las facultades superiores y allanar el propio camino y el ajeno, cooperando con los Servidores del Mundo en la gran obra que realizan.

## MOTIVOS PARA LOS QUE SABEN PENSAR

*¿Para qué nacemos? ¿Por qué morimos? ¿Qué hacemos en el mundo? ¿Por qué nace el criminal nato y por qué el santo? ¿Hace Dios almas criminales y almas virtuosas? ¿Es justo que unos nazcan inteligentes y otros idiotas? ¿Unos con vista y otros ciegos; que se venga el mundo entre salvajes o entre gentes civilizadas; que se viva un minuto o que se viva un siglo? ¿Qué es lo que llamamos bien y qué lo que denominamos mal? ¿De dónde nos vienen las ideas innatas?*



## HABLA CARREL

(Fragmentos seleccionados de «La Incógnita del Hombre»)

«¿Hace falta, por ejemplo, gracias a una alimentación y a ejercicios apropiados, activar cuanto es posible el aumento del peso y la talla de los niños, como lo hace la mayor parte de los médicos? ¿Son superiores los niños altos y macizos a los niños de escasa estatura? El desarrollo de la inteligencia, de la actividad, de la audacia, de la resistencia a las enfermedades, no tienen en realidad solidaridad alguna con el desarrollo del volumen del individuo. La educación dada en las Universidades y en las escuelas que consiste, sobre todo, en la cultura de la memoria, de los músculos y de ciertas costumbres mundanas, ¿se dirige verdaderamente a los hombres modernos que deben estar bien provistos de equilibrio mental, de resistencia nerviosa, de juicio, de valor moral y de solidez ante la fatiga? ¿Por qué los higienistas se comportan como si el hombre fuese únicamente un ser expuesto a las enfermedades infecciosas, cuando está amenazado de manera tan peligrosa por las afecciones nerviosas y mentales y por la debilidad de espíritu? Aunque los educadores, los médicos y los higienistas apliquen con desinterés sus esfuerzos en provecho de los seres humanos, no logran su fin, porque se atienen a esquemas que no contienen sino una parte pequeña de la realidad. Otro tanto ocurre con aquellos que toman sus deseos, sus sueños o sus doctrinas, por el sér humano concreto. Edifican una civilización que, destinada por ellos a los hombres, no conviene en realidad sino a imágenes incompletas o monstruosas del

hombre. Los sistemas de gobierno contruidos por piezas en el espíritu de los teóricos no son sino castillos en el aire. El hombre al cual se aplican los principios de la Revolución Francesa es tan irreal como aquel que, en las visiones de Marx o de Lenin, construirá la sociedad futura. No debemos olvidar que las leyes de las relaciones humanas son todavía desconocidas. La sociología y la economía política no son sino ciencias de conjeturas o pseudo ciencias.

«Parece, pues, que el medio en el cual hemos logrado introducirnos gracias a la ciencia, no nos conviene, porque ha sido construido al azar, sin conocimiento suficiente de la naturaleza de los seres humanos y sin consideración hacia ellos.

«El hombre debería ser la medida de todo; en realidad, *es un extranjero en el mundo que ha creado*. No ha sabido organizar este mundo para él, porque no poseía un conocimiento positivo de su propia naturaleza. El avance enorme de las ciencias inanimadas sobre las ciencias de los seres vivos es uno de los sucesos más trágicos de la historia de la humanidad. El medio construido por nuestra inteligencia y nuestras invenciones no se ajusta ni a nuestro tamaño ni a nuestra forma. No nos queda bien. Somos desgraciados. Degeneramos moral y mentalmente. Y son precisamente los grupos y las naciones en que la civilización industrial ha alcanzado su apogeo los que se debilitan más. Es allí donde el retorno a la barbarie es más rápido. Permanecen sin defensa ante el medio adverso que les ha proporcionado la ciencia. En verdad, nuestra civilización como las que la han precedido, ha creado condiciones que, por razones que no conocemos exactamente, hacen que la vida misma se torne imposible. La inquietud y las desgracias de la Ciudad Nueva provienen de sus instituciones políticas, económicas y sociales, pero, sobre todo, de su propia decadencia. Son víctimas del atraso de las ciencias de la vida sobre las de la materia.

«Solamente un conocimiento mucho más profundo de nosotros mismos puede aportar un remedio a este

mal. Gracias a ello veremos por qué mecanismo la existencia moderna afecta nuestra conciencia y nuestro cuerpo. Sabremos cómo adaptarnos a este medio, cómo defendernos, y también cómo reemplazarlo, en caso de que una revolución dentro del mismo se hiciera indispensable. Mostrándonos a nosotros mismos lo que somos, nuestras potencias y la manera de actuar con ellas, este conocimiento nos dará la explicación de nuestra debilidad fisiológica, de nuestras enfermedades morales e intelectuales. Y sólo él puede revelarnos las leyes inexorables en las cuales están encerradas nuestras actividades orgánicas y espirituales, hacernos distinguir lo prohibido de lo permitido y enseñarnos que no somos libres para modificar, según nuestra fantasía, ya sea nuestro medio, ya sea a nosotros mismos. En verdad, desde que las condiciones naturales de la existencia han sido suprimidas por la civilización moderna, la ciencia del hombre ha llegado a ser la más necesaria de todas las ciencias.

«A veces, los hechos más importantes son completamente suprimidos. Nuestro espíritu tiene una tendencia natural a arrojar a un lado lo que no entra en el cuadro de las creencias científicas o filosóficas de nuestra época. Los sabios, después de todo, son hombres. Están impregnados, por lo tanto, por los prejuicios de su medio y de su tiempo. Creen de buena fe que lo que no es explicable por las teorías corrientes, no existe. Durante el período en que la fisiología se encontraba identificada a la físico-química, el período de Jacques Loeb y de Bayliss, el estudio de los fenómenos mentales se abandonó. Nadie se interesaba en la psicología y en las enfermedades del espíritu. Aún hoy día, la telepatía y los otros fenómenos metapsíquicos se consideran como ilusiones por los sabios que se interesan únicamente en el aspecto físico-químico de los procesos fisiológicos. Los hechos más evidentes son ignorados cuando tienen una apariencia heterodoxa. Por todas estas razones el inventario de las cosas capaces de conducirnos a una concepción mejor del ser humano ha permanecido incompleto. Es pre-

ciso, pues, volver a la observación ingenua de nosotros mismos bajo todos nuestros aspectos, no abandonar ningún detalle, y describir sencillamente lo que vemos.

«En principio, el método científico no parece aplicable al estudio de la totalidad de nuestras actividades. Es evidente que nosotros, los observadores, no somos capaces de penetrar en todas las regiones en que se prolonga la persona humana. Nuestras técnicas no cogen lo que no tiene dimensiones ni peso. No alcanzan sino las cosas colocadas en el espacio y el tiempo. Son impotentes para medir la vanidad, el odio, el amor, la belleza, la elevación hacia Dios del alma religiosa, el ensueño del sabio y el del artista. Pero registran con facilidad el aspecto fisiológico y los resultados materiales de esos estados psicológicos. El juego frecuente de las actividades mentales y espirituales se expresa por cierto comportamiento, cierta actitud hacia nosotros semejantes. De este modo es como las actividades moral, estética, mística, pueden ser exploradas por nosotros. Tenemos también a nuestra disposición los relatos de aquellos que han viajado en esas regiones desconocidas. Pero la expresión verbal de sus experiencias es, en general, desconcertante. Aparte del dominio intelectual, nada es definible de manera clara. Ciertamente, la imposibilidad de medir una cosa no significa su no existencia. Cuando se navega en la niebla, las rocas invisibles no están por ello menos presentes. De cuando en cuando, sus contornos amenazantes aparecen de súbito. En seguida la nube se cierra sobre ellas. Lo mismo ocurre con la realidad evanescente de las visiones de los artistas y sobre todo de los grandes místicos. Estas cosas, inasibles por medio de nuestras técnicas, dejan sin embargo sobre los iniciados una visible huella. De esta manera indirecta es como la ciencia conoce el mundo espiritual, al que, por definición no puede penetrar. El sér humano se encuentra, pues, entero, en la jurisdicción de las técnicas científicas».

*Alexis Carrel.*

# EL PROPIO ESFUERZO

Por RICHARD LIPTON

Por el trabajo, ante todo, se forma el carácter práctico; produce y disciplina la obediencia, el dominio de sí mismo, y la aplicación y perseverancia, dando al Hombre destreza y habilidad en su profesión y la aptitud y la inteligencia imprescindibles para conducir bien los asuntos de la vida ordinaria.

El trabajo es la ley natural de nuestra existencia, el principio que impele hacia adelante a los hombres y a las naciones. La inmensa mayoría de los hombres están obligados, para vivir, a trabajar con sus manos; pero todos, sin distinción, deben ocuparse de una manera o de otra, si quieren disfrutar de la Vida como se debe disfrutar de ella.

El trabajo puede ser una gran carga y un castigo, pero también es un honor y una gloria; sin él no es posible perfeccionar nada. Todo lo que hay de grande en los hombres viene por el trabajo, y la Civilización es su producto. Si el trabajo fuera suprimido, la raza de Adán sería inmediatamente herida de una muerte moral.

La ociosidad es una maldición para el Hombre, y no el trabajo. La ociosidad corroe el corazón de los hombres y de los pueblos, y los destruye como el moho al hierro. Cuando Alejandro conquistó a los persas, y tuvo ocasión de observar sus costumbres, notó que ellos parecían ignorar que pudiera haber, nada más

servil que una vida de placer, o nada más regio que una vida de trabajo.

Cuando el emperador Severo, encontrábase en su lecho de muerte en York, donde le habían transportado desde los montes Grampianos, su última palabra de orden a sus soldados, fué: «Laboremus — trabajemos» —; y fué tan sólo por un trabajo incesante como los generales romanos conservaron su poder y extendieron su autoridad.

Describiendo Plinio la condición social de la Italia en los tiempos remotos, en los que las ocupaciones ordinarias de la vida rural eran consideradas compatibles con las más elevadas dignidades cívicas, nos habla de los generales victoriosos y de sus soldados que volvían con gozo al arado.

En esos días eran cultivadas las tierras por las manos de los generales mismos, y el suelo era ennoblecido bajo la reja de un arado adornado de laureles, y guiado por un trabajador ilustre por sus triunfos.

Tan sólo cuando los esclavos fueron empleados en todos los ramos de la industria, fué cuando el trabajo principió a ser considerado como denigrante y servil. Y desde que la indolencia y el lujo se hicieron los caracteres de las clases dominantes en Roma, la caída más o menos próxima del Imperio fué inevitable.

Acaso no haya, en toda nuestra Naturaleza, una sola tendencia contra la cual debemos ponernos más en guardia que contra la pereza. Gurney encontró un día a un extranjero inteligente, que había viajado por casi todo el Mundo, y le preguntó si había notado alguna cualidad que, más que cualquiera otra, pudiera ser considerada como un signo distintivo de nuestra raza, y el extranjero respondió: «Yo creo que a todos los hombres les agrada estar ociosos». Es uno de los caracteres tan propios del salvaje como del déspota.

Está en la naturaleza humana tratar de gozar del fruto del trabajo sin sufrir las fatigas que ocasiona. Ese deseo es tan universal, que Jaime Mil arguye que,

para impedir su disfrute a expensas de la sociedad en general inventóse originalmente el expediente del gobierno.

La pereza es igualmente degradante para los individuos y para las naciones. La pereza nunca se ha distinguido preeminentemente, ni se distinguirá jamás. Nunca ha franqueado una montaña, ni sufrido dificultad alguna, si ha podido evitarlo.

La pereza siempre ha fracasado en la vida y siempre fracasará. Está en la naturaleza de las cosas que nunca pueda tener éxito en nada. Es una carga, un estorbo y un tedio siempre inútil, descontenta, melancólica y mísera.

La pereza es el azote del cuerpo y de la mente, la nodriza de la perversidad, la madre principal de todo lo que hay de malo, uno de los siete pecados capitales, el cojín del diablo, su almohada y su principal apoyo... Un perro ocioso se pone sarnoso; y, ¿qué sucederá a una persona ociosa?...

La ociosidad de la mente es mil veces peor que la del cuerpo; el ingenio sin ocupación se convierte en una enfermedad, el moho del alma, una llaga, un infierno por sí solo.

Así como en una agua estancada pululan las lombrices y los reptiles inmundos, así se propagan los pensamientos malos y corrompidos en una persona ociosa; la mente es contaminada... Más aún: me atrevo a decir con seguridad, que aquellos que viven en la ociosidad, hombres o mujeres, sea cual fuera su condición, sean ricos, bien parecidos, dichosos, si tuvieran todas las cosas en abundancia, toda la felicidad, todas las dichas que el corazón pueda desear, yo digo que él o ella, o ellos, en tanto permanezcan ociosos, jamás estarán satisfechos.

Sufrirán siempre en el cuerpo o en el alma, siempre estarán lánguidos, enfermizos, enfadados, disgustados de todo, vivirán constantemente suspirando, llorando y lamentándose: el Mundo entero les ofenderá, querrán huir

de sí mismos o morir, o bien se dejarán llevar por cualquiera idea absurda.

Burton, dice aún mucho más sobre la misma materia; el estribillo y la moral de su libro están personificados en la sentencia con que concluye: «Toma esto solamente como un corolario y como conclusión: si deseas preservar tu propia dicha, la salud de tu alma y la de tu cuerpo contra la melancolía, recuerda que es preciso no dejarte arrastrar a la soledad y a la pereza. No estés solitario, no seas ocioso».

Los perezosos, en verdad jamás son del todo indolentes. El cuerpo bien puede querer evitar el trabajo, el cerebro no descansa nunca. Si no nace grano, nacerán cardos, que se alzarán a cada paso durante toda la vida del hombre perezoso. Los espectros de la indolencia surgen en la oscuridad, mirando siempre al cobarde a la cara, y atormentándole incesantemente.

La verdadera felicidad nunca se encuentra en el entorpecimiento de las facultades, sino en su acción y en su sabio empleo. Es la indolencia la que agota y no la acción, en la cual, por el contrario, se encuentra la vida, la salud, el placer.

El ánimo puede ser fatigado, cansado por el trabajo, pero es una verdadera devastación lo que produce en él la pereza. De ahí proviene que un hábil médico tuviera por costumbre considerar la ocupación como uno de sus remedios más eficaces. «Nada es más pernicioso, decía el doctor Hall, que perder el tiempo inútilmente». Alguien comparaba el corazón a una piedra de molino: «Si ponéis trigo, lo convierte en harina; si no ponéis grano, es ella misma la que se gasta».

La indolencia halla siempre excusas, y el haragán, si bien no quiere trabajar, es a menudo un enérgico sofista. «Hay un león en el camino»; o «la montaña es penosa de trepar», o bien «es inútil ensayarlo, lo he intentado y he fracasado: no puedo hacerlo».

En respuesta a semejantes sofismas, escribió un día Sir Samuel Romilly a un joven: «Mi ataque a vuestra



indolencia, vuestra pérdida de tiempo, etc., era muy serio y creo verdaderamente que a vuestra costumbre de no tomaros molestia alguna, es a lo que es preciso atribuir los argumentos singulares de que hacéis uso para vuestra defensa».

Nuestra teoría es esta: cada hombre hace todo el bien que puede. Si por acaso un individuo no hace bien alguno, es una demostración de que es incapaz de hacerlo.

¡Luego, porque vos no escribáis se debe deducir, que no podéis escribir, y vuestra falta de afición demuestra vuestra carencia de talento! ¡Qué sistema tan admirable! ¡Y qué efectos tan saludables resultarían si fuera generalmente admitido!

Se ha dicho fundadamente que el deseo de poseer, sin darse el trabajo de adquirir, es de tal modo un signo de debilidad, como que el gran secreto de la fuerza práctica estriba en reconocer que todo aquello que merece ser poseído no se obtiene sino pagando un precio.

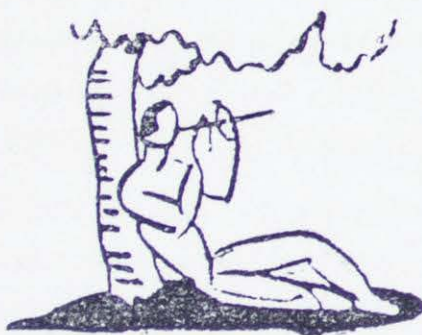
Hasta el mismo tiempo desocupado no puede ser una causa de placer si no lo ha ganado uno por algún esfuerzo. Es preciso que sea el premio del trabajo para que uno lo haya pagado suficientemente.

Debe haber trabajo antes y trabajo después, con tiempo desocupado en el intermedio para descansar. Pero el tiempo desocupado sin trabajo, se hace tan insípido como la saciedad. La vida debe necesariamente tener el mismo disgusto para el hombre rico y ocioso que para el hombre pobre e indolente, que no tiene trabajo, o que si lo tiene, no lo quiere hacer.

Las palabras que se han encontrado pintadas sobre el brazo derecho de un mendigo sentimental de cuarenta años de edad, que se hallaba sufriendo su octavo encarcelamiento en la prisión de Bourges, en Francia, podían ser adoptadas como divisa por todos los holgazanes: «El pasado me ha engañado; el presente me atormenta; el porvenir me aterra».

El deber de ser industrioso se aplica a todas las clases y a todas las condiciones de la sociedad. Cada uno en su esfera tiene su obra que realizar, el rico lo mismo que el pobre. El caballero por su nacimiento y por su educación, sea cual fuere la riqueza de que se halle dotado, no puede menos de sentir que está obligado en conciencia a traer su cuota de esfuerzo para el bienestar general del cual participa.

No es posible que le baste estar bien alimentado y bien vestido por el trabajo de otros, sin dar en cambio algo a la sociedad que le mantiene. Un hombre honrado y digno se sublevará a la idea de sentarse a una fiesta y participar de los goces, y luego irse sin pagar su cuota.



# PROBLEMAS EDUCATIVOS QUE SON TAMBIEN PROBLEMAS SOCIALES Y POLITICOS

(FRAGMENTOS)

Por AUGUSTO MIJARES

Se ha encarecido mucho la importancia de la educación primaria, y con razón. Para el hombre culto la situación del que es totalmente analfabeto representa un estado tal de desamparo, de oscuridad y de miseria, que el simple sentimiento de humanidad, de compasión, bastaría a justificar cuantos alegatos se hagan en aquel sentido.

Pero desde el punto de vista social y político —digámoslo de una vez— es urgente quizá luchar contra la rutina irreflexiva que exagera la importancia de la educación primaria hasta llegar casi a desdeñar la educación media y la superior.

\*  
\* \*

Es evidente que la educación pública tiene para nosotros dos fines: uno, es el que por sí misma ella representa: deber de cultura y de dignificación individual, derecho de todos los ciudadanos a participar en la más noble y preciada conquista de la humanidad. Otro, el objetivo social y político: necesidad de fortalecer la nación, de modernizarla, de aprovechar todas sus fuerzas, de hacerla apta, de una manera duradera, para dirigir su propio destino, libre de dictaduras personalistas o de clase.

En relación con el primero de estos ideales, es innegable la importancia de la educación primaria, y el deber primordial que con respecto a ella corresponde al Estado.

Pero para prolongar esa conquista en la conquista firme de una vida nacional amplia, estable y fecunda, es preciso ponerse en guardia contra la funesta ilusión de que la educación popular, la simple desanalfabetización de las masas, es el remedio omnipotente.

Como necesidad primordial, una nación en que todo está por hacer requiere: dirección espiritual, administración pública eficiente, prensa, opinión pública ilustrada, salubridad, profesorado y magisterio, organización técnica de la industria, de la agricultura, de la cría y del comercio, etc., etc., y, ¿qué es todo esto, en último término, sino educación superior y media bien organizada, y, a lo menos medianamente distribuida?

Una industria no se funda por el deseo progresista o el interés de un capitalista; es al técnico a quien corresponde en realidad su iniciación, presentando, bien estudiadas y explicadas, todas sus posibilidades. Lo mismo puede decirse de cualquier progreso en la agricultura, la cría o el comercio. La obra de un gobierno patriota y entusiasta puede verse frustrada y hasta convertida en una dilapidación insensata de tiempo y de dinero, si los funcionarios no pueden secundarlo eficazmente por falta de sentido crítico y de preparación. Una prensa constructiva no puede funcionar a base de literatos improvisados como ductores y críticos de las múltiples actividades modernas que requieren estudios especializados. Para formar una opinión pública respetable es menester, en cada ciudad y en cada grupo social, la existencia de núcleos orientadores, provistos de conocimientos precisos, y capaces de vulgarizarlos provechosamente. El primer problema de la educación es el material humano que debe realizarla: maestros y profesores. La higiene pública no puede ser el fruto exclusivo de la coacción gubernativa, requiere también el apoyo de esos mismos núcleos orientadores de la

opinión, que puedan comprender la trascendencia social de la obra y que persuadan a la mayoría a aceptarla y secundarla.

Cada paso de progreso está así ligado a la existencia de una conciencia colectiva, cuya visión tiene que sobrepasar, en mucho, a la que puede procurar una improvisación cuantitativa de conocimientos elementales.

La obra que haga el Estado por medio de la escuela primaria, ¿puede ser duradera en una nación invertebrada, donde tan sólo existirá en el mejor de los casos un pueblo semianalfabeto y un Gobierno de buenas intenciones?

Por otra parte, ¿qué se hace con llevar al pueblo hasta el umbral de los conocimientos humanos, si no se ha previsto el progreso subsiguiente para el aprovechamiento de sus fuerzas inéditas?

Observemos que la condición miserable de nuestras masas no depende tan sólo de su ignorancia, sino de todo un sistema de vida rudimentario —en lo político, en lo social, en lo económico— que es preciso modificar mediante un esfuerzo simultáneo. De otra manera, también en lo político retrocederemos súbitamente, al primer sacudimiento de una circunstancia imprevista; o bien, lo cual sería peor todavía, la ilusión que hayamos puesto en determinado medio de acción —la escuela primaria, en el caso que estudio— terminará en una decepción de consecuencias incalculables.

Ahora bien, ese esfuerzo de conjunto que necesitamos no puede ser obra exclusiva del Gobierno y de unos cuantos técnicos importados. Es preciso provocarlo en las entrañas mismas de la Nación; debe surgir de ella y tiene que ser el producto de muchas actividades coordinadas.

Enseñar al campesino y despertar en él la capacidad y el propósito de una vida mejor, es muy bueno. Pero será tarea cuando menos inútil, si su vida futura no tendrá otro escenario que el desamparo invencible de nuestros campos desiertos, sin libros, sin prensa, sin posibilidades económicas de ningún género. Nuestras

ciudades pequeñas y nuestros pueblos tienen las mismas características de vida rudimentaria y de desolación agobiadora; ¿es posible creer que la obra de la escuela primaria bastará por sí sola para la transformación que necesitamos y para prolongar esa primera iniciación cultural, en un verdadero aprovechamiento de fuerzas y hacia la satisfacción de las aptitudes que se susciten?

\*  
\*\*

Necesitamos reconstruir la Nación: tal como suena. Y creo que no puede aplazarse lo más urgente, que es también lo más inmediato y asequible: reanimar las ciudades y, dentro de las ciudades, los grupos que deben emprender aquella reconstrucción y las actividades que pueden servirle de base.

Con tanta urgencia como educación primaria, necesitamos educación media y superior: para salvar el escaso acervo cultural que nos queda; y para improvisar: administración pública, prensa, magisterio, salubridad, economía, etc., etc. Todo el gobierno material y moral de un país que quiere acción y no sabe a dónde dirigirla.

(«Revista Nacional de Cultura», Venezuela).



## "AMATL" QUE ES, QUE SE PROPONE

"AMATL" ha de ser antes que todo una revista de Educación. Se ha tenido en mira al fundarla, establecer, para beneficio de los Profesores y Maestros y para sus educandos, un centro de difusión que mantenga abiertas las fuentes de todo aquello que de manera muy especial estimule la intuición—la más elevada cualidad de la conciencia humana,—tan poca activa en el término medio de los educadores actuales.

Refrescar la mentalidad y fortalecer el corazón del maestro será su más ardiente propósito, así Dios nos preste clarividencia y fino en nuestras selecciones. La Escuela necesita urgentemente maestros de gran vitalidad espiritual, y en consecuencia queremos fomentar—por medio de la lectura del pensamiento claro, sereno y altruista de variados autores cuidadosamente escogidos,—el sentido altamente humano de la vida como tal, haciendo comprender a los educadores la indispensable necesidad de mantenerse encendidos en un anhelo de constante mejoramiento individual y colectivo. Queremos que el maestro no deje nunca de ser un estudiante; que procure a más de enseñar: educar, y que mientras lo hace trate también de continuar la construcción de su propio carácter para beneficio propio y de los niños y jóvenes que habrá de guiar.

De acuerdo con los anteriores propósitos "AMATL" por fuerza habrá de tener amplitud y agilidad propias de una tribuna y en sus páginas habrán de captarse las vibraciones de una visión integral de la cultura.

Para el mejor logro del fruto ambicionado esperamos contar con la simpatía y comprensión de los maestros en general, como tenemos ya la aprobación completa y el apoyo moral y económico indispensable de parte del Ministerio de Instrucción Pública, con la confianza y libertad que implica tal apoyo.

"AMATL" habrá de ser una publicación mensual destinada a circular principalmente entre elementos ocupados en la enseñanza, tanto oficial como particular. Será, prácticamente, «El Correo del Maestro», visitando una vez por cada mes la casa sagrada de la Escuela, hasta los más apartados rincones del ferruño. Con las ediciones de un año se constituirá un volumen completo. El formato escogido en las ediciones "AMATL" reúne todas las cualidades indispensables para que la publicación pueda ser cómoda de leer y fácil de coleccionar. Puede darse a cada volumen—por medio de una inteligente encuadernación—la contextura de un libro de buen tamaño.